



**JULIO COLL, «El teatro. La última obra de Sagarra», a  
*Destino* núm. 594, 25-XII-1948.**

Es de presumir que la última obra de Sagarra va a promover muchas discusiones. Y si por las razones que sean, *Galatea* no logra desvelar un poco la dormida atmósfera teatral de nuestra ciudad, llegaré a la conclusión de que lo mejor que podemos hacer todos es enterrar la pluma y dedicarnos a la cría del conejo. Taxativamente será una forma de reconocer que ya no vale la pena tomarse en serio nada.

A propósito de este estreno, quiero recordar que en una ocasión Sagarra me dijo que estaba dispuesto a considerar fuera de juego toda su obra anterior. A juicio suyo, *Galatea* iba a marcar la pauta de su nuevo camino teatral. Esta afirmación, dicha así, violentamente, en el calor de un diálogo casi periodístico, la acogí con ciertas reservas. Es muy duro oír de labios del autor más popular en nuestro país una tan seca renuncia a aquellas obras que precisamente le dieron el prestigio. Más tarde, ahora, una vez vista esta comedia, acepto íntegramente aquella confidencia y doy fe de que el teatro de Sagarra empieza

en *Galatea*. Se trata de una comedia llena de inquietud, teatralmente perfecta y de fondo discutible pero apasionante.

Es indudable que los moralistas a ultranza, los moralistas a tanto el consejo, opondrán serias reservas en cuanto a aceptar *Galatea* como una obra recomendable para el espíritu. Cabe admitir que esta obra de Sagarra no sea apta para menores. Pero no es para menores porque los menores no entenderían nada absolutamente. Y para aquellos mayores que estén dispuestos a considerarla inmoral, en el caso que sólo la encuentren inmoral, es que tampoco la habrán entendido.

Reconozco que la comedia, desde que empieza hasta que termina está escrita en un tono de cinismo intelectual absoluto. Los personajes, arrastrados por la corriente existencialista de los últimos éxodos europeos, han caído en el fondo de ese pozo que no atiende a principios morales ni a razones de generosidad y que, por andar en río revuelto, sólo saben despacharse por el camino de la anarquía más destartada. No son unos personajes malos por el gusto de ser malos; lo son por las circunstancias y

por la comodidad que representa casi siempre dejarse arrastrar al caos.

En el fondo, *Galatea* no es más que el drama de las palabras. Los personajes hacen uso de una verdad verbal descarnada, sucia y abusiva. El suyo no es un diálogo cortés y sincero en el sentido urbano de la palabra. Es un diálogo brutal, cínico e hiriente, puesto siempre a la altura de su bárbara condición humana. Son personajes de la última guerra, segundones de esa tragedia que tiró al cesto de los papeles todos los contratos que hacían del ser humano un animal de costumbres. Es decir, todas esas buenas y bellas costumbres que permitían fingir buenos y bellos sentimientos dominicales, se fueron al agua con las prisas de una guerra que ponía la vida humana al filo de la muerte. Y los personajes de *Galatea* no son más que esto: gente apresurada que busca en el instinto de conservación y en el placer inmediato, en la gula y en el sexo, la única justificación a la vida. Luego, al final, en boca de Galatea se descubre que la moral se rige a veces por los más ridículos y, por ridículos, más implacables adjetivos. *Galatea* es, simplemente, *una mujer perdida*.

*Galatea*, como tipo, forma parte de ese grupo anónimo de seres humanos que se vieron obligados a huir de su país, de su profesión, de su familia y de sí mismos con el fin de sobrevivir físicamente al desastre. Con ella marchan tipos como Aquiles, capaces de urdir quimeras y facilitar el paso por la frontera hacia otro país sin vacilar ante el crimen. Tras ellos va Jeremías, el payaso frustrado de un circo imaginario del que le queda, por culpa de sus sueños alcohólicos, la nariz roja, una nariz roja como un símbolo de su histrionismo. Jeremías es el tipo más recortado de la comedia. Viene a ser algo así como el *coro* de la tragedia. Ciertamente participa directamente de la acción y al final mata, pero a lo largo de los seis cuadros, este personaje, jugando al descarado más agresivo y a la impertinencia más desgraciada, va descubriendo las intenciones secretas de los otros personajes.

En realidad, Jeremías representa la síntesis de este tipo egoísta y amoral, cobarde y exaltado, que es como un producto destilado de las grandes riadas de fugitivos. Su egoísmo es truculento y vil, y su apatía es machacona e insolente. El corazón de los hombres no tiene secretos para él; ha vivido ya demasiado para sorprenderse ante nada ni

ante nadie. Sus palabras no están regidas por la educación sino por la desfachatez, por la insolencia del que poco tiene que perder. Y como contraste, le queda aún tiempo para aprender a hacer trampas en el juego, para, si se tercia, jugar limpio y matar al que con el dinero pretende destruir sus sueños y los de los demás.

Sansón, el carnicero, es un hombre que se ha enriquecido de golpe, especulando con el hambre de sus semejantes. Este hombre, como personaje de fábula, viene dispuesto a matar las ilusiones de sus semejantes, puesto que basa su vida en la idea de que el dinero todo lo puede. Jeremías, apático e inmoral, lo tolera todo, lo acepta todo y ante nada reacciona si no es con sus palabras zahirientes y burdas, pero ante Sansón no puede permitir que el dinero se lleve lo único que les queda a los seres humanos: la imaginación. Y lo mata; lo mata como en las fábulas se mata al *malo*, vanagloriándose de haberlo hecho.

Con estos elementos, *Galatea* es una obra dura, áspera y poco refinada, pero contiene una trayectoria dramática de primer orden, un espíritu de crítica feroz y una visión clara y descarnada del último momento. Por parte de Galatea, se vuelve al final a los cauces eternos de la moral más rígida.

Por parte de Jeremías, ese *coro* desmedido y volatinero, se alcanza una posición clara y concreta de nuestro tiempo. La moralidad y la inmoralidad tienen un precio: la imaginación. Para ser moral hace falta ser imaginativo; para ser inmoral, también. El ser humano puede existir en su mundo, sobre la tabla de las costumbres y someterse a un civismo familiar y diario con tanta soltura y bienaventuranza como, poco después, sobre la marcha de una guerra que lleva al éxodo, convertirse en un ser violento, amoral y caer en el embrutecimiento. Pero todo esto con imaginación, ilusionándose con la existencia, pese a la angustia de vivir con incredulidad, sin saber por qué ni para qué. Pero el límite justo por donde se rompe este equilibrio que existe entre la inconsciencia y la moral es el dinero. En la obra de Sagarra el dinero es, en definitiva, el que le da nombre de pecado jurídico o moral a los actos de los hombres.

La obra en conjunto se rige estupendamente por unos diálogos llenos de intención, aunque en ellos no se evita que *Galatea* sea una comedia abrupta y cínica. En algunos momentos se experimenta una sensación de auténtica angustia; cuesta enfrentarse directamente con la impudicia



de esos diálogos del café de exilio en el que parece apurarse con magistral crudeza un cuadro de costumbres modernas. El gran acierto ha sido vestir la comedia con una decoración, aunque no lograda artísticamente, llena de apariencias vanguardistas, como de veinticinco años atrás, cuando el cubismo hizo su aparición en los teatros de minorías.

El mejor intérprete, Pablo Garsaball, que le dio carácter a su personaje con una actitud y una caracterización digna de gran comediante. Mercedes Nicolau y Emilia Baró, identificadas con su tipo. Y José Bruguera luchó en todo momento con su memoria, pues apenas si se sabía el texto de su parte.